



Cuento estratégico 4.3

Capítulo 4: Sobre la competencia y cooperación en los distritos industriales

La charca

Diana Benito Osorio
Universidad Rey Juan Carlos

Mi lugar favorito del mundo se encuentra a pocos metros de la ventana de la cocina de la casa de mis abuelos. Es una charca.

En ese paraíso acuático, que se oculta entre frondosos árboles, la vida gira en torno a una actividad primordial: la búsqueda de alimento. Cada habitante de este microcosmos desempeña un papel singular en su propio ciclo vital pero también en el de los demás, contribuyendo de manera única al equilibrio de esta comunidad.

En esta vecindad vive la rana Nita, una cazadora experta que siempre despliega su lengua, tan larga como precisa, para atrapar los mosquitos y libélulas que revolotean sobre el agua y se posan, de vez en cuando, sobre ese vivero de nenúfares. Agua en la que mora el pez Cito, encargado de mantener la charca impoluta, que devora todas las algas que proliferan en exceso y evita así que el agua se enturbie.

En la orilla, la tortuga Guita remueve el lodo con destreza, creando pequeños canales que permiten el libre flujo del agua, oxigenándola y beneficiando a todos los habitantes, sobre todo a Cito. En la superficie, las ninfas del agua, con sus grandes flores blancas entre los meses de mayo y octubre, sirven a casi todos los habitantes como zona de reposo. Su ambivalencia las transforma también en una trinchera perfecta para que acechen camuflados algunos anfibios menos hábiles que Nita. Sin embargo, lo que son, sin duda, es la sombrilla favorita de la familia de Cito.

Y cerrando el círculo, las libélulas a las que no ha dado caza Nita son las que se dedican a polinizar las flores circundantes, asegurando que siempre haya plantas que proporcionen sombra y refugio. Así, cada mañana, cuando el sol ilumina la charca, todos los habitantes comienzan su jornada. Aunque cada uno tiene una tarea y una dieta distinta, todos saben que su labor es crucial para el bienestar de su ecosistema.

En la charca la paz era estacional, como las lluvias. La estación asociada a la sequía convertía la charca en un pequeño estanque. Lo que en la anterior estación era abundancia, ahora se reducía a escasez. La familia de Cito, dividida en dos grupos, intentaba repartirse lo que había. Los Citipaldis, conocidos por su velocidad y destreza en la búsqueda de alimento, solían llegar primero a los lugares donde se concentraban los insectos y las algas. Los Citozudos, utilizaban su fuerza para mover piedras y encontrar la comida que quedaba escondida debajo.



Al comienzo de la estación seca, ambas familias trataban de compartir los recursos, pero cuanto más avanzaba esta, más voraz se volvía la rivalidad entre los clanes. Las disputas se prolongaban durante varios días y la tensión en la charca aumentaba. La realidad es que no había comida para todos.

Cuando llegaba la temporada de lluvias, todo cambiaba, la charca se llenaba de vida. Esta era la estación en la que Citipaldis y Citozudos compartían la velocidad de unos, para explorar rápidamente nuevas áreas, y la fuerza de otros, para acceder a lugares difíciles.

Una noche cualquiera de un mes de abril, con los nenúfares aún desnudos, el cielo se vistió de relámpagos para el baile de truenos que, como tambores gigantes, hicieron temblar a toda la comunidad. Una violenta tormenta azotó la charca y trajo consigo tanto miedo como ramas y hojas partidas que obstruían el flujo del agua. La voz de alarma la dio Nita. Croaba instrucciones como loca, a la vez que saltaba de un lado a otro, moviendo las ramas más pequeñas. Los sapos, con sus cuerpos robustos, se unieron a la tarea, usando sus patas traseras para empujar las ramas más grandes. Las ranas más jóvenes, aunque asustadas, seguían las indicaciones de Nita y ayudaban a despejar los pequeños canales que se formaban entre los nenúfares.

Los Citos y Guitas trabajaban juntos para empujar las hojas fuera del agua. Los Citos con sus movimientos rápidos creaban ondas que ayudaban a mover las hojas más pequeñas hacia las orillas y las Guitas, con su ritmo lento pero constante, empujaban las hojas más pesadas con sus caparazones. Las libélulas con sus alas brillantes, aliadas de las luciérnagas, con su vuelo ágil y circular, guiaban a los demás hacia las áreas que requerían mayor atención.

La tormenta parecía interminable, pero la comunidad de la charca no se rindió. Trabajaron juntos, cada uno aportaba lo que mejor sabía hacer, lo mejor de sí. Cuando el último trueno se desvaneció en la distancia y la lluvia comenzó a amainar, la charca volvió a la calma. Silencio.

Pasaron las horas, de nuevo el sol, y con él la primera luz del amanecer que revelaba el alcance de los daños: ramas y hojas esparcidas por todas partes, nenúfares aplastados y pequeños canales obstruidos. Cada animal, sin importar su tamaño o habilidad, volvió de nuevo al trabajo de reconstrucción. A medida que el sol subía en el cielo, la charca comenzaba a recuperar su forma. Los nenúfares, aunque dañados, empezaban a levantarse nuevamente y el agua volvía a fluir con más libertad. Los animales trabajaban en armonía, la tormenta también les había dejado una comunidad más fuerte y unida.

No fue fácil que la charca volviera a ser el refugio tranquilo y armonioso de siempre, pasaron días de intensa simbiosis entre los habitantes para volver a lograrlo. Cuando lo consiguieron, todos se reunieron para celebrar su éxito bajo la luz de la luna llena. Las ranas croaban melodías alegres, mientras las libélulas y luciérnagas iluminaban el cielo con su danza luminosa. Los sapos, con sus voces graves, contaban historias de valentía y cooperación, recordando teatralmente los momentos más difíciles de la tormenta. Los Citos saltaban fuera del agua en un espectáculo de acrobacias. Y las Guitas, las Guitas a esa hora ya estaban dormidas.





La celebración continuó hasta el amanecer. Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a iluminar el agua nuevamente cristalina, volvieron a sus hogares, conscientes de que todos y cada uno eran, son y serán esenciales en el ciclo de vida.

Aún hoy, cuando cierro los ojos, los imagino como un gran mosaico donde cada tesela es crucial para completar la imagen. Como en una orquesta cada instrumento participa en la creación de la armonía musical, la armonía de la charca.

Fecha del cuento: noviembre de 2024

